

ración. En el Lacio, en las cercanías de las ciudades de Ostia, Veletri, Tibur, Prenesta y Palestrina, á lo largo de los sinuosos valles que desembocan en la llanura del Lacio, y al lado de las cuevas donde por las noches encerraban los señores á centenares de esclavos, abandonados allí á la promiscuidad y á la blasfemia, se encontraban otros antros donde la humanidad se regeneraba en medio de sollozos; antros hendidos en las mismas rocas que suministraban materiales para voluptuosas moradas. Dilatábanse serpenteando las catacumbas llamadas de Calígula, por debajo de tierra á una distancia de siete millas. Allí era donde los cristianos enterraban á sus muertos en nichos que tapiaban en seguida, encerrando allí los instrumentos de su suplicio, una ampolla con su sangre, insignias de su dignidad, y coronas para las vírgenes; también á veces se inscribía el nombre del difunto. Llamaban á aquellos asilos cementerios, es decir, dormitorios; expresión reveladora de una conciencia pura, consolada por la certidumbre de haber de despertar en otra vida.

En las vísperas de las solemnidades acudían alternativamente los piadosos levitas, para cantar las alabanzas del Señor, á aquellos subterráneos lugares durante toda la noche. Servía de norte aquella melodía sagrada á los fieles que, ocultándose de la ciudad y del *ergastulum* de inhumanos señores, acudían en secreto á buscar á sus hermanos, ya mutilados en el martirio, á obispos libertados milagrosamente de la hoguera, á filósofos transformados en apóstoles, que, habiendo encontrado al fin la solución de todas las dudas, se consagraban á llevar la verdad á las naciones rodeadas con la sombra de la muerte, y á testificarla sacrificando por ella su vida.

Hilaria, Flavia, Severina, Fermina, Justa, Ciriaca, tres Piscilas, diversas Lucinas, y otras muchas viudas transformadas en diaconisas, pasaban los días enteros orando sobre las sepulturas de los mártires que adornaban con la solicitud y secreto, empleado por otras en sus lascivos gabinetes. Madres venerables, santas vírgenes, expiaban la culpa de las que se prostituían en obsequio de las diosas, rogando á Dios asiduamente, socorriendo á los pobres y á cuantos experimentaban padecimientos. Cuando ya

no encontraba Vesta sacerdotisas que quisieran sacrificar su virginidad, una multitud de doncellas se brindaban á porfía á ser destinadas á la custodia de las sagradas osamentas.

Presidían la asamblea el obispo y el más anciano de los sacerdotes; mientras roía el egoísmo á la sociedad antigua mortalmente, sobraba lozanía en la nueva, donde se derivaba el amor del inagotable manantial de la fé. Para sus miembros la vida era un combate; la muerte, un premio de que debían hacerse merecedores. En los lugares dedicados al Señor desaparecían las inhumanas distinciones del siglo. Asentábase el rico junto al pobre, á quien nutria con sus beneficios. Vírgenes de la condición más humilde, cubierta la cabeza con velos de blanco lino, llevando al cuello la imágen del cordero que borra los pecados del mundo, cantaban y oraban con las matronas y las viudas de los senadores y de los procónsules, que despues de haber entregado todas sus riquezas á la asamblea de los fieles, distribuían, á falta de dinero, los socorros de la caridad. Todo el ornamento de aquel sitio consistía en el sepulcro de un mártir, en algunas flores, en algunos vasos de madera, en corto número de antorchas ó de lámparas para leer el Evangelio. Allí no se distinguían el obispo, el diácono, el sacerdote, es decir, el presidente, el anciano, el criado, sino por una virtud más eminente, por su mayor caridad y ciencia, á fin de poder consolar y sufrir mejor, restablecer la paz, compadecer y divulgar la palabra.

Unidos en la misma moral, en la misma religión, en la misma esperanza, se reducía su conjuración á orar á Dios en comunidad y á leer las Santas Escrituras: Todo el que podía llevaba cada mes un poco de dinero para alimentar y dar sepultura á los pobres, para prestar socorros á los huérfanos, á los naufragos, á los desterrados, á los condenados á la última pena. Como hermanos se hallaban dispuestos á morir unos por otros; todo era comun, á excepción de las mujeres; llamábanse obras de caridad sus comidas, sentados á la mesa hacían circular los cálices de la sangre divina, luego consumaban la comida á gloria del que la da, amenizándola con el júbilo del perdón y del sacrificio en el seno de una fraternidad afectuosa.

CAPÍTULO V.

Galba. Oton. Vitelio.

Si el pueblo y el Senado se habían alegrado de la muerte de Neron, debieron quedar consternados al pensar en el modo con que acababa de ser elegido Galba. Podía, pues, designarse emperador fuera de Roma; este peligroso secreto acababa de ser revelado; residía de consiguiente en el ejército el poder supremo, y el despotismo, aristocrático hasta entonces por la elección del Senado, se hacía democrático por la elección de los soldados.

Servio Sulpicio había nacido en Terracina de una familia ilustre; rico y ambicioso, le habían anunciado el imperio una porción de presagios, y durante su pretura supo granjearse el cariño del pueblo, proporcionándole un espectáculo nuevo, el de elefantes bailando en la maroma. Nombrado para el mando de las tropas de Germania, restableció allí la disciplina. Fué amado por Claudio; luego se oscureció en tiempo de Neron lo mejor que pudo para no excitar sospechas. Como aguardaba á cada instante ser proscripto, nunca salía sin proveerse antes de una gruesa suma de dinero, para el caso de que tuviera que apelar de improviso á la fuga. Entre tanto le confié Neron el gobierno de la España Tarraconense, donde despues de haber hecho alarde en un principio de un rigor extremado, suavizóse en breve, ora por natural indolencia, ora por miedo.

Se hizo amar en esta provincia poniendo coto á las concusiones, y la prestó su apoyo cuando se rebeló contra Neron, á fin de dar al pueblo segun su dicho, el primero de los bienes, la libertad, que le había arrebatado un monstruo. Pero cuando Vindex se quitó la vida y cuando declaró Virginio quo no quería el imperio, ni sufrir que otro lo alcanzase sin beneplácito del Senado, viendo vacilante la fidelidad de sus tropas, se retiró á Clunia con intención de darse muerte.

A este tiempo sabe que Neron ya no existe, y súbito reviven sus esperanzas; toma el título de emperador (9 de Junio de 68) y luego se encamina á Roma con la muchedumbre de los que se inclinan ante el sol saliente. Pero comienza bajo tristes auspicios su reinado, cas-

tigando á las ciudades y á los individuos que habían rehusado sostenerle en su rebeldía. Entre los rivales, que podían infundirle temores, le prestó obediencia Vespasiano, ocupado á la sazón en la guerra de Judea; Virginio Rufo rehusó el imperio que le habían ofrecido; solo Ninfidio Sabino, comandante de los pretorianos á quienes había ganado con sus liberalidades, recibió los homenajes del Senado, al cual dirigió graves reconvenções por haber enviado á Galba despachos sin haberlos autorizado con su sello. Aunque carecía del título de emperador, no por eso dejaba de ejercer la autoridad soberana, y hacia columbrar que si había caído el tirano, estaba en pié la tiranía. Mientras que senadores y patricios se agolpaban á porfía á su puerta, felicitándole por haber depuesto á Tigelino y salvado la patria, se conciliaba el afecto del pueblo, entregándole los amigos de Neron en espectáculo y para que les dieran muerte; no tardó en llevar el abuso del poder tan lejos que Maurisco, senador venerable llegó á decir en la curia: *Mucho temo que este nos induzca á echar de menos el gobierno de Neron*. Pero habiendo querido al poco tiempo Ninfidio sobornar á los soldados para que le proclamaran emperador, se arrojaron sobre su persona y le arrancaron la vida.

Hízose tanta matanza entre sus cómplices y parciales, que pudo bastar á los romanos de anuncio de que el dulce Galba no se apartaría de los sangrientos caminos. Al llegar al puente Milvio se le presenta un cuerpo de marinos, que Neron había organizado en legion, y solicita ser conservado. Galba se lo niega, se amotinan entonces, y manda que cargue sobre ellos la caballería. Siete mil mueren en la refriega y los demas son encarcelados. A esta ejecución siguieron otros muchos suplicios, y todos fueron decretados con fria indolencia. Como se le suplicase una vez que ahorrase á un caballero el baldon del suplicio, mandó que se pintara y adornara de flores el cadalso.

No obstante, Galba gozaba reputación de dulzura, pero le dominaba la indolencia, y si este defecto era tolerable en el hombre privado sus consecuencias tuvieron mucho de funestas cuando, ascendido al imperio, se dejó conducir á ciegas por Cornelio Laco, Marciano Icelo y Tito Vinio, á quienes llamaba el pueblo sus pe-

dagogos, porque los conservaba continuamente á su lado. Vinio manchado con los vicios más odiosos, había llevado su bajeza hasta robar una copa de oro de la mesa de Claudio, quien le castigó sólo con hacerle beber al día siguiente en una copa de loza, miramiento que debió al recuerdo de la astucia y de la audacia que había acreditado á la muerte de Calígula. Cornelio Laco, jefe de los pretorianos, sólo hallaba aliento y actividad en la opinion que tenía de sí mismo. El liberto Icelo, elevado por Neron á la categoría de caballero, acumuló en siete meses de privanza más riquezas que los más codiciosos libertos de Neron en catorce años. No había vergonzoso desafuero á que no se entregaran osadamente aquellos tres hombres. No teniendo en cuenta el mérito para los empleos, ni el buen derecho para los juicios, y favoreciendo á los que les proporcionaban más lucro, hicieron renacer las miserias y los horrores del tiempo de Neron. Recaía sobre Galba el odio que infundian sus delitos, al mismo tiempo que su indolencia personal movía á desprecio, y su dominación se hacía insoportable al pueblo.

Con júbilo había visto éste condenar á muerte á los que se habían hecho instrumentos de las atrocidades de Neron, entre otros Narciso, y la envenenadora Locusta, y siempre que Galba se presentaba en público, clamaban unánimes voces por el suplicio de Tigelino. No hubiera retardado Galba el momento de arrojar aquella cabeza más á la muchedumbre, si Vinio, cuya avaricia codiciaba la inmensa suma que le había prometido el acusado, no hubiera persuadido al emperador de que había mucha crueldad en entregar á manos del verdugo un hombre que se moría de consunción. Con efecto, Galba habló en este sentido á los romanos, y á fin de coonestar la estratagema, hizo Tigelino sacrificios á los dioses por su pronta cura; pero aquella misma noche celebró una orgía en compañía de Vinio, y al saberlo el pueblo, se irritó extraordinariamente contra Galba.

A la par que el nuevo emperador permitía que sus lados se entregarán á la corrupcion más descarada, llevaba hasta el exceso su rigidez contra los demas, y su mezquina avaricia le ponía en ridículo y le hacía odioso á los ojos de la muchedumbre acostumbrada á locas prodigalidades. Un músico, que le había divertido

durante una noche entera, recibió de su mano una moneda de plata, y aún así le advirtió Galba que se la daba de su propia bolsa. Si veía que le servían más espléndidamente que de costumbre, mostraba grande enojo. Hasta quiso aplicar remedio á las excesivas liberalidades de su antecesor, y mandó que todos los que hubieran recibido donativos de su mano, entregaran las nueve décimas partes. A este fin creó un tribunal que introdujo el desorden en las propiedades, y produjo más descontento en las masas que riquezas al tesoro.

Esta misma mezquindad le indujo á que negara á los pretorianos la distribucion que les había prometido. *He escogido á los soldados, yo les he comprado*, dijo; frase digna de un antiguo romano, si hubiera sabido sostenerla con las obras. Viéndose despreciado por el pueblo y aborrecido por los soldados, especialmente á causa del rigor de la disciplina, y habiendo sabido la rebeldía de muchas legiones en Germania, resolvió adoptar un sucesor en el imperio. Su eleccion fué excelente y dictada por la prudencia; recayó en Pison Liciniano, mozo estimado por su modestia y por la severidad de sus costumbres. Exhortóle á sobrellevar su alta fortuna con no ménos dignidad que su condicion oscura, diciéndole que el mejor modo de aprender á reinar bien, era observar lo que se elogiaria y condenaria en otros príncipes, y convidándole tambien á hacer memoria de que la nacion que debía gobernar no sabia soportar la libertad, ni la servidumbre.

Aprobaron la eleccion del emperador los soldados y el Senado; pero ofendió vivamente á Oton que, habiendo sostenido ardorosamente á Galba, esperaba que por gratitud hubiera fijado los ojos en su persona. Viendo, pues, que nada podia aguardarse de un estado de cosas tranquilo, y que sólo los disturbios podían brindar á su ambicion lisongeras probabilidades, intentó una revolucion. Sus deudas y las sugerencias de los libertos, las respuestas de los adivinos, el curso de los planetas, la autoridad decadente de Galba, la de Pison, todavía mal segura, le infundieron tanta audacia, que no teniendo en su apoyo más que un puñado de infantes, acometió apoderarse del imperio, y salió airoso en su empresa.

Oton fué proclamado emperador sólo por

veintitres guardias pretorianos ganados á precio de oro. Asustado al principio de su corto nóm ro, estuvo á punto de apelar á la fuga; pero en breve se incorporaron otros á los primeros; no opusieron obstáculo alguno los indiferentes, y los que se habían opuesto al movimiento permanecieron inactivos. Acudió Pison manifestando cuán vergonzoso ejemplo sería consentir que treinta desertores dieran un soberano al mundo; entonces el pueblo acudió en tropel al palacio con gritos de *¡muera Oton!* como acostumbraba á hacer en los teatros; mas no era por amor á Pison, ni con la idea del bien público; obedecía al hábito de adular á los príncipes con aclamaciones desordenadas, de acreditarles un favor vano, pronto á cambiar al cabo de media hora.

Oton se presenta en medio de aquel insensato tumulto extendiendo sus manos, se da golpes en el pecho, envía besos y se humilla de cien modos á trueque de seguir reinando. Agrúpanse en torno suyo muchos curiosos ó parciales, y primeramente los pretorianos, y luego la legion de los marinos, que conserva memoria del recibido ultraje, le prestan juramento de fidelidad. Galba sale de su palacio armado del todo; aparece sobre una silla porque la edad ha debilitado sus fuerzas, se halla traqueado, sin consejo, en medio de un pueblo, ni sublevado ni tranquilo, pero cuyos sordos murmullos revelan inmenso miedo é irritacion suma. Por último, se ve abandonado de todos y condenado á muerte (16 de Enero del año 69). Sosegadamente presentó su pecho á los asesinos diciéndoles que le hiriesen si redundaba en bien de la república; tenía setenta y tres años y había reinado nueve meses y medio. Era más bien un hombre exento de vicios que dotado de virtudes. Sin codiciar el dinero ajeno, fué económico de lo suyo y avaro de lo del Estado. Apacible y moderado vivió bajo el mando de cinco emperadores, y pareció digno del imperio antes de haberlo obtenido. Soberano y amigo demasiado indulgente, se puso á merced de sus ministros corrompidos, que le hicieron parecer merecedor de su fin trágico; fin que desde entonces será fatalmente el de todos los emperadores romanos.

Cual si no fueran los mismos que antes, pueblo, Senado, caballeros, acudieron porfiada-

mente á felicitar al nuevo emperador maldiciendo á Galba, besando las manos de Oton y prodigándole títulos y aclamaciones; entusiasmo tanto más vivo cuanto era ménos sincero. Oton recibió con afabilidad aquellos homenajes, y procuró contener á los soldados avarientos de sangre y de saqueo; pero le asistía poder para preceptuar un delito, no para estorbarlo, y hubo de deponer á muchos magistrados, nombrando otros á medida de su capricho.

Vinio fué asesinado; cupo la misma suerte á Laco, á Icelo, á Pison, y con ellos á otros muchos, tanto inocentes como culpables, cual acontece en las sediciones. Aquel día de mantanza terminó con fiestas y fuegos. Al siguiente, habiendo convocado el pretor el Senado, le hizo decretar el poder tribunicio para Oton, quien cruzó las ensangrentadas calles de Roma y subió al Capitolio, donde fué saludado con el título de César Augusto. Perdonó á sus enemigos, ó más bien dilató una venganza que no le permitió cumplir la brevedad de su reinado.

Había costumbre entre los pretorianos de pagar una cuota á su capitan para eximirse de los servicios ordinarios, y el que á fuerza de rapiñas ó de oficios serviles llegaba á pagarle, sobrecargando á sus camaradas pasaba en la ociosidad el tiempo de su empeño. Al espirar el término se encontraban aquellos soldados pobres, muelles y henchidos de insolencia, y afiliándose en diversas facciones en las guerras civiles cifraban sus esperanzas. Oton abolió aquella inmoral cuota, ofreciendo indemnizar á los oficiales á sus expensas.

Entre tanto los ejércitos que daban el imperio podían tambien quitarlo. Vitelio, que se hallaba en la baja Germania, concibió, ya que no la esperanza positiva, el anhelo de ser soberano; y habiéndose asegurado de la asistencia de Alieno Cæcina, que había sublevado en la alta Germania contra Galba sus tropas, se hizo proclamar emperador por los soldados (2 de Junio de 69); se apoderó de la autoridad y quiso discernir recompensas ó imponer castigos. Tambien se declararon en su favor los gobernadores de las Galias béglica y lionense, sacom las guarniciones de la Rethia y de la Breítaña. Entonces envió á Italia, cada uno al frente de un ejército, á Fabio Valente por el monte Cenis, y á Cæcina por el gran San Bernardo.

El terror abrió al primero las puertas de la Galia Cisalpina, y cuando la cruzaba llegó allí la noticia de la elección de Oton y de la muerte de Galba, sin que por eso se calmara la sed de sangre y de saqueo que devoraba á sus soldados. Cæcina pasó por el país de los helvetos, degenerados ya de su antigua bravura, y ganó la Italia, donde Milan, Novara, Ivrea, Vercelli se habian declarado ya por Vitelio.

Roma, disputada entre dos hombres igualmente despreciables por sus desórdenes y por su inercia, cualquiera que fuese el vencedor tenía por seguro depender de un mal soberano; asaltaban de pronto su memoria las guerras civiles; la toma de la ciudad, la devastación de Italia, las águilas combatiendo contra las águilas en Farsalia, en Perusa, en Módena y en Filipos.

A fin de hacerse grato á los ojos del pueblo se desvia Oton de los deleites y de su inerte indolencia; perdona á algunos individuos, ordena á Tigelino que muera; tiente hacer renunciar á Vitelio proponiéndole las más brillantes promesas, y hasta llegando á ofrecerle que le asociaría al imperio. Vitelio le brinda con iguales proposiciones; luego se dirigen recíprocamente enormes y merecidas injurias, enviándose uno á otro asesinos.

Oton tenía en favor de su causa á la mayor parte de las provincias, á las cuales trataba con miramientos. En Roma acreditaba, en fin, asiduidad á los negocios, y se conciliaba con el pueblo con lisongeras alocuciones, al Senado con dignidades, y con liberalidades á los pretorianos. Figurándose estos soldados cierta noche que se urde una trama contra Oton, empuñan las armas, corren por la ciudad como locos, se arrojan sobre el palacio, donde trataba el emperador con los principales ciudadanos y senadores, y con gran trabajo se apaciguan aun despues de haberle visto vivo. Grande fué el terror, y aunque los amotinados volvieran á entrar en el orden, merced al dinero distribuido, no por eso quedó la ciudad ménos poseida de espanto, y mucho más á tiempo en que adelantándose un emperador hácia Roma, toda parcialidad acreditada hoy en favor de uno podía servir mañana de pretexto á la venganza del otro. Por eso, siendo favorables á Oton los senadores, no se atrevían á decretar nada contra

Vitelio. Acrecían el espanto prodigios, apariciones de fantasmas, estatuas derribadas y nacimientos monstruosos. Un buey habia hablado en Etruria; el Tiber desbordado habia llevado su inundación más léjos que nunca, destruido las cosechas y ocasionado la carestía. No habia en Roma una sola clase que no temblara y se creyera en peligro. Hallábanse debilitados por los años ó por una larga paz los principales senadores; la nobleza indolente habia olvidado la guerra; ya no sabian qué era el servicio militar los caballeros, y todos se sentian más asustados cuanto más se esforzaban en disimular su susto. No obstante, habia algunos que por loca ambición compraban excelentes armas, caballos de precio, haciendo tambien ostentación de festines y de deleites, cual si fueran instrumentos de guerra; y cuando todo hombre sensato temblaba por la paz y por la cosa pública, se manifestaban los espíritus atolondrados llenos de desatentada osadía y sin temor por lo venidero.

Oton quiso salir de aquella situación incierta, y marchó en busca del peligro. Adelantóse hácia la Provenza con la mayor parte de los magistrados y de los personajes consulares, á la cabeza de las cohortes pretorianas. Secundóle la fortuna en aquella parte de la Galia, que hubo de padecer enormes crueldades, siendo entrada á sangre y fuego. Puesta una madre al tormento para que declarara el paraje donde habia escondido el tesoro, no habiendo escondido más que á su hijo, espiró en la tortura sin decir más que: *Aquí está enterrado*; y señalaba á su vientre. Sometióse á Tiberio el país entre el Po y los Alpes, no por afecto ó por odio, sino por indiferencia al soberano á quien debian mostrarse obedientes. Por largo tiempo se prolongó la lucha en aquellas comarcas, y fué encarnizada como lo son comunmente las guerras civiles en que toman parte auxiliares extranjeros. Por último, los dos ejércitos se dieron batalla en Bedriac (14 de Abril de 69), y el de Oton fué derrotado. Viendo un soldado, que habia ido á llevar la noticia á Brixelo, donde Oton se hallaba, como lejos de creerle le tenían por fugitivo, se atravesó con su espada. Ante aquel rasgo de bravura, pronunció el emperador las palabras siguientes: *No se dirá nunca que gentes tan denodadas y afectas se exponen*

por mi causa á nuevos peligros, y resolvió su muerte. Vanamente quisieron sus soldados reanimar su valor, diciéndole que nada habia desesperado, mientras todos denotaban voluntad de sacrificar la vida en su obsequio; inútil fué que muchos se suicidaran delante de sus ojos en corroboración de su promesa; sin resultado alegraron otros que la grandeza de alma consistia en sobrellevar con firme aliento los desastres y no en eludirlos con la muerte; á todos suplicaba le permitieran sacrificar su vida para salvar la de tantos hombres: *No se trata, decia, de lidiar contra los galos ó contra Pirro, sino contra conciudadanos; y sólo á costa de mucha sangre fraternal puede adquirirse la victoria. Vitelio ha empuñado las armas, he debido defenderme; pero la posteridad sabrá que no he querido exponer más que una vez sola romanos contra romanos. Vitelio encontrará á su padre, á su esposa, á sus hijos sanos y salvos. Si otros han conservado más largo tiempo que yo el imperio, nadie le ha abandonado más generosamente. De nadie me quejo, pues querellarse de los hombres ó de los dioses á la hora de la muerte, denota que se ama la vida.*

El que se expresaba en tales términos habia sido obsequioso con Neron y cómplice de sus fealdades; se habia encargado de guardarle Popea hasta que se hubiera desembarazado de Octavia; encontrábase abrumado de deudas á causa de sus prodigalidades, se quitaba el vello de todo el cuerpo y se afeitaba cotidianamente, se suavizaba el cutis frotándole con miga de pan remojada, llevaba continuamente consigo, y con más pompa que Turno los despojos de Arunos, un espejo delante del cual se componia marcialmente antes de marchar á los combates.

Luego que hubo persuadido á sus amigos á fin de que no comprometieran su salvación, oponiéndose á lo que habia resuelto, se dispuso Oton á morir en determinada hora; dijo: *Añadamos esta noche más á nuestra vida.* Entonces coloca dos puñales debajo de su almohada y se duerme. A la mañana siguiente pone término á su existencia.

Llorando sus soldados á un emperador que moria á los treinta y siete años por salvarles, se amotinaron con una furia tanto más formidable, cuanto que no habia allí quien los apaciguara. Ofrecieron el imperio sin encontrar

nadie que quisiera admitirlo, y mientras el Senado se declaraba en favor de Vitelio y decretaba gracias á las legiones de Germania, se aumentaba la licencia militar en los dos bandos. Vitelio, que habia acudido á Italia, perdonó á los principales oficiales de su competidor, y castigó á los demas con la muerte. Desde Crémona se dirigió á Bedriac, para recrear sus ojos ante el espectáculo del campo de batalla, todavía cubierto de cadáveres insepultos (25 de Mayo), complaciéndose en contemplar sus heridas, y pronunciando estas palabras: *Siempre huele bien el cadáver de un enemigo, y todavía más el de un ciudadano*, hizo que le llevaran vino, bebió, y distribuyó lo demas á los asistentes á tan implacable escena.

Daba pruebas el nuevo emperador de lo que era, monstruo de crueldad y de glotonería. Durante su viaje le brindaban á porfia los más exquisitos productos del país comarcano. Congregaba los principales ciudadanos en opíparos banquetes, y le imitaban lo mejor que podian, libres de toda sujeción los soldados, de tal suerte que se hubiera creído que en su campamento se verificaba la celebración de las bacanales. Aunque no habia reservado cerca de sí más que una parte del ejército, cruzaron la Italia más de sesenta mil soldados, sin contar los hombres de la comitiva, en la época de la cosecha, y la talaron, saqueando, violando y vendiendo á sus moradores como en país enemigo.

Habiéndose acercado el emperador á Roma, iba á entrar con la coraza y la espada, como un conquistador arrollando por delante al pueblo y al Senado, si sus amigos no le hubieran invitado á ahorrar aquel nuevo ultraje, y á preferir la vestidura de la paz. En su arenga al pueblo y al Senado habló pomposas frases de su actividad y de su templanza, y todos aplaudieron sus palabras cuando todos eran conocedores de su glotonería, de su pereza y de su vergonzoso libertinaje.

Uno de sus primeros decretos prohibió á los caballeros mostrarse en espectáculo en el teatro y en la arena: otro desterró á los astrólogos; y como se fijara un cartel anunciando que Vitelio moriria un dia en que los astrólogos salieran de Roma, mandó dar muerte á todos los que pudieron ser habidos. Frecuentaba asiduamente el teatro y el circo, asistiendo con no